

contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana; pero reproducíanse unas tras otras, y revivían, apenas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera que, temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar á ella al cónsul Marco Porcio Catón, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole además dos pretores, uno para la España Citerior, y otro para la Ulterior. Así habían dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administración militar que tenía irritados á los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fué en la tribuna de la rapacidad que habían ejercido en la Península sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningún romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó á Rosas, y fué recibido como amigo en Ampurias (196). Derrotó cerca de Ilerda por medio de una hábil maniobra un cuerpo de celtíberos. Tuvo que socorrer al pretor Manlio, que se veía hostigado por los turdetanos; que ya había penetrado también el fuego de la insurrección en la Bética. Vencieron los romanos allí; pero fué preciso al cónsul volver á sujetar á los lacetanos, ausetanos, bargusios y otros pueblos que de nuevo se habían sublevado, no pudiendo, aunque lo intentó, tomar de paso á Segoncia. Sujetó aquellas gentes, y vendió los moradores de algunas ciudades como esclavos; á otros los pasaba á cuchillo. Cuéntase que en trescientos días hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecía animado más bien del furor del exterminio que del espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura y generosidad de Escipión. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con los rudos castigos, y el severo Catón pasó á Roma á gozar los honores del triunfo (195).

Aquietáronse por poco tiempo, decimos, puesto que al año siguiente hallamos á Publio Escipión, pretor de la Bética, teniendo que lidiar con los lusitanos que bruscamente habían invadido aquellas tierras; á Marco Fulvio, que lo era de la Tarraconense, teniendo que partir apresuradamente á sujetar á los carpetanos, que, ligados ya con los celtíberos, vacceos y vettones, habían salido á campaña con ejército numeroso. Desgraciados eran por lo común estos primeros esfuerzos de unas gentes todavía indisciplinadas, teniendo que habérselas con las legiones aguerridas de los romanos. Pero ni estos dejaban de sufrir serios descalabros, ni sus triunfos eran tan decisivos que hicieran á los españoles desmayar en su empresa, ni tolerar la opresión en sosiego y reposo. No pasaba año sin que se reprodujeran las sublevaciones, á veces tan imponentes, que en 192 quedaron en un encuentro seis mil romanos muertos sobre el campo de batalla, salvándose el resto por la fuga. Mandábalos el pretor Emilio: los vencedores eran lusitanos. Mas tarde fueron batidos estos mismos, pero otro año siguiente, concertados celtíberos y lusitanos, rompieron simultáneamente los unos por la Tarraconense, los otros por la Bética, en fuerza ya tan respetable, que hubieron los pretores de dejarles recorrer y talar los campos, limitándose á defender las ciudades y las plazas. Ibanse sucediendo ya alternativamente los triunfos y las derrotas. Alentaban á los españoles los sucesos prósperos, y los adversos no les hacían decaer de ánimo.

En esta larga serie de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil narrar, dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtíberos; el uno en 186 á las márgenes del Tajo, cerca de Toledo, en que, después de haber tenido arrolladas las filas romanas con su sistema particular de ataque nombrado *cuneus* (1), fueron al fin envueltos y vencidos, merced á los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio: el otro en 182, no lejos tampoco de Toledo, en los campos de Eburá (Talavera de la Reina),

(1) Véase el cap. I del lib. I.

en que dieron los romanos una de las más sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que había estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos, perdieron los españoles sobre treinta mil hombres en cada una de estas batallas.

Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan duros reveses; y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del país, si este país no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencían, pero no subyugaban. De tan antiguo viene á los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que pedía su relevo de España, y que se le permitiese volver á Roma con su ejército (180). Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, á quien se trataba de enviar en su reemplazo, y dijo: «Al oír la relación que nos haceis de las proezas de Fulvio, no debería haber ya un solo pueblo en España que no obedeciese á los romanos. Sin embargo, yo sé á qué se reducen estas conquistas, que no pasan de las comarcas vecinas á nuestros campamentos: porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar. Sus más apartadas regiones aborrecen la dominación y el nombre romano. Si accedeis á la demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército á encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas muy respetables apenas han alcanzado hasta ahora á enfrenar. Podré yo, decidme, con un puñado de soldados que pueda alistar en España, reprimir la energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras mejores y más veteranas legiones? Romanos, ¿lo creéis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que los celtíberos se darán por sometidos? ¿Pensáis que se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado á renacer incesantemente de sus ruinas, y á levantar de nuevo el estandarte de la insurrección tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones vuelven á Italia con Fulvio, como él lo pretende, ¿sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que iré á España, pero iré á escoger un lugar en que pueda vivir tranquilo: no penseis que he de ser tan temerario ó tan insensato que vaya con escasas tropas, flojas y sin experiencia, á acometer á un enemigo aguerrido y feroz. He dicho.»

A pesar de todo otorgósele á Fulvio volver á Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele á Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase á España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano! Cuando Fulvio se encaminaba á hacer entrega del gobierno en manos de su sucesor, esperábanle los celtíberos, otra vez armados, en lo más fragoso de un bosque por donde tenía que pasar (entre Daroca y Molina), y poco faltó para que quedaran él y los suyos en poder de aquellos que suponía subyugados. Salvóle su serenidad.

Fué este Fulvio uno de los que se señalaron más en la guerra de España por su orgulloso genio y condición altiva, y de los que con sus violencias exasperaron más los pueblos y avivaron, en vez de apagar, sus odios á la dominación romana. Llegó á Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca (2). Poco era esto para lo que había amontonado en su caja particular. De ello destinó una pequeña parte á recompensar á los veteranos que le habían seguido; dió espectáculos públicos por espacio de diez días, y erigió un magnífico templo á la *Fortuna Ecuestre*.

Esto era lo que hacían todos los pretores y procónsules de España, con excepciones rarisimas. Cneo Léntulo se había

(2) Ciudad de los bastetanos. Era célebre por sus minas, y se acuñaba en ella moneda.

llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y á su regreso á Roma le levantaron tres arcós triunfales. El severo Catón llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinticinco mil de plata en barras, y ciento veintitres mil en monedas de lo mismo. Hízose decretar los honores del triunfo.

Era la España un campo de explotación para los sórdidos pretores y procónsules avaros. Venían aquí pobres, y sobrábanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada empleaban también la depredación y la rapiña como medios comunes. El senado romano en otro tiempo tan virtuoso y austero, en vez de castigar á los que así se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solía premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban á peso de oro. Escipión Nasica, que correspondiendo

á la gloria de su nombre, se había conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de España. «Pues qué, le respondió irónicamente el senado, se han agotado ya las minas de ese país?» De creer es que no habría solo tolerancia de parte del senado, sino complicidad también y participación en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorias de España, pero así se dificultaba también su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta imprudencia y tanta inmoralidad.

Sempronio Graco se dedicó á reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condújose como guerrero con prudencia y humanidad: ganó como gobernador reputación de desinteresado y probó. Ningún pretor había penetrado tan al Norte como él: su comportamiento predispuso á muchos á aceptar su amistad; entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, á la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus operaciones (1): lla-

OSCA (HUESCA)



móse desde entonces Gracchuris, hoy Agreda. Prorogó el senado por un año más la pretura al padre de los Gracos, que á favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios é ideas de la vida civil de los romanos, é introducir en ellos una forma de gobierno y de administración semejante á la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban á restituir á la república borráronle otra vez sus sucesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 175 vino de pretor á la Tarraconense. Este hombre, que á su incapacidad unía la avaricia más sórdida, excedió á todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Filón. Una sublevación general de los pueblos fué la consecuencia de su desatentado proceder; sublevación que alarmó á Roma, y la obligó á enviar á Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al menos en apariencia, á los cien veces alterados celtíberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó á inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir á pelear con los fieros celtíberos. Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio que acababan de volver de ella no hacían sino aumentar el pavor que ya inspiraba, contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningún reposo que ellos aquí experimentado habían con gente tan indómita y tenaz como era la de España. El mismo cónsul Lúculo, nombrado para el gobierno de esta provincia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el joven Escipión Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilus-

tre familia que le había adoptado (2), pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolución de este joven, parecida á la que en una ocasión semejante había tomado setenta años hacía su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud, que con esto se apresuró á alistarse en la legión voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugarteniente á Escipión Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron estos en ocasión que Marcelo había hecho paz con los numantinos, á condición de que se separasen de los titios, belos y arevacos; y en que el pretor Atilio había destruido muchas ciudades de la Lusitania.

En la historia de los dos nuevos personajes vamos á ver hasta qué punto llegó la crueldad de los gobernadores romanos, y con cuánta razón y justicia se apuró el sufrimiento de los españoles.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo, y pone sitio á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenía fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venía ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnición romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre

(1) *Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit*: dice Tit. Liv.

(2) Era hijo de Paulo Emilio, y nieto adoptivo del grande Escipión. Estáble reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió también como su abuelo el sobrenombre de *Africano*. Destino singular de aquella ciudad famosa: Un Escipión la venció y otro Escipión la borró de sobre la haz de la tierra, dejando solo un título de gloria á los dos Escipiones.



ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fe romana podía muy bien disputar la primacía á la fe púnica (1).

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones, seria menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo solo bajo la fe de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botin que codiciaba y con que acaso se habia ya lisonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul (2).

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que habia riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijon, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palantina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariante, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el país por donde pasaba, y del pillaje que sus tropas ejercian y á que las excitaba él mismo, se hacia aplicar á sí la parte mas pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostróse conmovido de la suerte de los lusitanos. Díjoles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daria tierras de cultivo, donde podrian vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura; y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenia mas de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fe á sus buenas palabras. Mas apenas se habian establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traicion por el país, y acabar de hacer execrable el nombre romano (3). Las consecuencias las veremos despues.

¿Podria creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personajes; tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la impudencia de erigir un templo á la Felicidad. Galba fué

(1) Appian. *ibid.*

(2) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipion de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

(3) App. De Bell. Hisp.

acusado ante el senado. El severo Caton que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó tambien al malvado pretor (4). Pero Galba era rico, y quedó absuelto. A tal grado de corrupcion habia venido el senado romano.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun habia romanos virtuosos; y á los escándalos en esta acusacion descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pison, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolucion de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algun coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecucion de Galba.

## CAPITULO II

### Viriato

DESDE 150 ANTES DE J. C. Á 146

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—El genio por jefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio. Primer ardid de guerra. Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condícese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fábio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenia vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado, y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habian logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, porque habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demás que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habian sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor alevé, que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion, todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nombraron jefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que habia recaído la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupcion en la Turdetania hácia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que habia sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba, la mala fe de los romanos que tantas veces habian experimentado, lo poco que habia que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandara, él sabria sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los mas pusilánimes y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolucion, púsolos en orden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar á caballo, se desbandaran á un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunirse en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan extraña maniobra, no sabia qué hacer ni á qué resolverse. Ultimamente determinó perseguir á Viriato y á los jinetes que le

(4) *Caton... accusator assiduus malorum, Galbam octogenarium accusavit.* Aurel. Vict. in Cat.

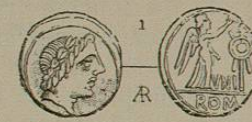
acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas, dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocian el terreno ni por lo pesado de sus armas podian darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio, el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército á Tríbola, donde supo se hallaba el lusitano. Salíó este á recibirle; hizo ademán de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde habia dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habian quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio á los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero salíóse al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Appiano (2), quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasion que Viriato recorria la Carpetania. Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que habia empleado Viriato con Vetilio en Tríbola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Despues de esto Viriato repasa el Tajo, y va á acampar á un monte de olivos no lejos de Eborá (3), donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea: aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó tambien por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitan de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que venia en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir mas con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigido, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Visé una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.



CLAUDIO UNIMANO

El primero que comenzó á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y experiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamada *guerra de ladrones*, no era sino una guerra seria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo tambien de Paulo Emilio, y hermano de

(1) Appian. De Bell. Hisp. pág. 490.

(2) Appian. De Bell. Hisp. pág. 490.

(3) Mariana le nombra el monte de Vénus.

aquel Escipion Emiliano, que por este tiempo destruía á Cartago (4).

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venia. ¿Cómo podian resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre tambien rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitan improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugarteniente de Fabio habian hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca



FABIO MÁXIMO

de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul habia bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos, siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo

(4) Vamos á referir sucintamente la ruina y destruccion de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, á los 732 años de su existencia.

Por un motivo mas extraño que justo declaró Roma á Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dió principio en el mismo año que la de Viriato en España (150). Aunque por expresa condicion de un tratado solemne la ciudad habia de ser tratada con todo miramiento, los cónsules romanos, con insigne mala fe, resolvieron la destruccion de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pífida superchería, adoptaron la resolucion, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mujeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavía con el valor de la desesperacion la ciudad de los Hannon, de los Asdrúbal y de los Aníbal. Otro Asdrúbal, el séptimo de este nombre, sostenia el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecia estar fatalmente ligada al nombre de Escipion en todas las guerras púnicas. Escipion Emiliano, el mismo que habia venido á España á pelear contra Viriato, fué enviado á destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino á nuestra Península contra el héroe de la Lusitania (146). Escipion tomó por asalto á Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis dias y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrúbal se echó á los piés del vencedor: su mujer con mas heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó á las llamas con sus hijos. Diez y siete dias estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipion hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que habia estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió este tambien el sobrenombre de *Africano*, aquel por haberla vencido, este por haberla arruinado.

Dícese que Escipion derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruida; y que á vista del estrago exclamó conmovido: «Llegará un dia en que caerán los sagrados muros de Ilión, de Príamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polibio qué entendia por Ilión y por la raza de Príamo, respondió, sin nombrar á Roma, que meditaba cómo los estados mas florecientes declinan y mueren segun agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipion, quince años despues fué enviado Cayo Graco á establecer una colonia en el sitio en que habia estado Cartago. En tiempo de Augusto fué reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competia con Alejandría; era la capital de la provincia de Africa. Allí escribió Tertuliano sus bellas apologias. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII de Cristo. Mario habia ido á meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fué á morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. (*Hist. de Cartago.*)